



La concepción de la moda en México durante el siglo XIX y principios del siglo XX

Dolores Gabriela Armendáriz Romero

Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora
byga2911@yahoo.com.mx

Resumen

Este trabajo consiste en examinar a través de la prensa del siglo XIX la concepción de la moda. El afán que se persiguió a lo largo de la investigación fue clarificar y tener una referencia común de aquello que se entendía por moda. En México los escritores, cronistas, y periodistas dieron rienda suelta a las discusiones y los escritos para lograr descifrar y dotar de significado a un fenómeno que se encontraba en todo su apogeo a nivel mundial.

Palabras clave: moda, mujeres, etimología, publicaciones periódicas, siglo XIX.

Abstract

The work consists in examine through the press of the nineteenth century, the concept of fashion. An effort to be pursued along the the investigation was to clarify and have a common reference of what was meant by fashion. In Mexico writers, columnists, and journalists gave free rein to the discussions and writings to achieve decipher and provide meaning to a phenomenon that was in full swing worldwide.

Keywords: fashion, women, etymology, periodical publications, XIX century.

Recepción: 15 de febrero de 2016

Aceptación: 30 de marzo de 2016

Se dice que en una época ancestral gobernaba con poder absoluto y magnificencia la diosa Estética. La belleza era la ley máxima de su reinado, a la que todos quedaban supeditados. Se vivía en plena armonía hasta que de forma inesperada apareció en el reino un ser desconocido de cuya procedencia nada se sabía, lo único que se conocía era su naturaleza femenina, arrogante y voluntariosa. La referida extraña planeó a su llegada ganarse el favor de los mortales, sobre todo el de las mujeres. Con tal propósito comenzó a promover cambios inesperados, alterando así las leyes establecidas hasta el momento por la soberana en turno. Fue así como los cabellos sueltos, los pies desnudos y los rostros naturales se comenzaron a cambiar por peinados estrafalarios, sandalias innecesarias y semblantes adornados.

La gobernante Estética fijó su atención a los actos de rebeldía y llamó ante su presencia a la culpable de alterar la paz en el reino. La soberana miró con desdén a la advenediza y le advirtió que dejara de mal aconsejar a las hijas de Eva, de lo contrario sería expulsada de los dominios terrestres. La desconocida tomó con agravo la amenaza de la reina, con orgullo se paró ante ella y le aseguró que tenía un poder inmenso y que estaba destinada a dominar el mundo entero. La entrometida aseguraba que sería la reina de todos los tiempos, dueña de todas las voluntades, su poderío trascendería sobre cualquier divinidad o rey que hubiese existido hasta entonces, reinaría de forma tiránica y nadie se opondría.

La Estética de manera irónica le dijo a la irreverente que no fuera ilusa, pues le advirtió que a su reinado lo respaldaba el arte y la belleza. Sostenía con orgullo que los mortales la habían alabado e inmortalizado en grandes obras, mármoles, maderas, hierro, bronce y diversos materiales que dejarían huella para la posteridad. Los pintores, los poetas y los músicos glorificaban y le rendían homenaje con cada una de sus creaciones. A lo que respondió con ironía la rival: Puede que tengas esas virtudes, pero no serán suficientes para vencerme, pues tengo de mi lado la versatilidad, la presunción y la frivolidad que tanto adoran las mujeres. Encolerizada, la reina le preguntó: ¿Quién te crees que eres para hablarme con tal insolencia y amenazar mi reinado? Orgullosa, la retadora respondió: ¡Soy la Moda!

Después del encuentro estremecedor, se inició una lucha desenfrenada. La Moda tenía el firme propósito de destronar a su adversaria. Las mortales comenzaron a tomar partido por aquello banal, pero que sin duda embelesaba los sentidos. Los diseños de la Estética pronto empezaron a parecer aburridos, la desnudez y las líneas del cuerpo eran cosa del pasado. Las mujeres en poco tiempo se sometieron a los nuevos diseños, se hicieron esclavas que obedecían ciegamente las nuevas disposiciones, incluso cometiendo crímenes de *lesa majestad* contra la antigua reina.

La Estética estaba debilitada y vencida. El mundo era de una nueva soberana: la Moda. La destronada había quedado relegada a los estudios y talleres de unos cuantos artistas. La reina Moda gobernaba tiránicamente y lo sigue haciendo hasta nuestros días, un reino donde prevalece lo estrafalario, la frivolidad, la presunción y el atavío. En ciertas ocasiones llega la añoranza por la sublime belleza que la diosa Estética alguna vez promovió sobre la faz mundial.¹

¹ María Luisa. "Para las damas, grandes modas", *El Imparcial*, 10 de enero de 1909, pp. 6 y 9.

²El término "publicaciones femeninas" se retoma de la propuesta realizada por Lucrecia Infante Vargas. Dicho planteamiento, al cual se apegó el trabajo, afirma que se trataba de revistas dirigidas expresamente al público femenino, escritas y editadas por hombres o mujeres, pero que tenían como objetivo primordial llegar al gusto e interés de las lectoras mexicanas. Ver más en Lucrecia Infante Vargas, "De la escritura al margen a la dirección de empresas culturales: mujeres en la prensa literaria mexicana del siglo (1805-1907)", tesis doctoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

³Lara, *Diccionario*, 2010.

Este cuento escrito en el año de 1909 en el periódico *El Imparcial*, firmado con el seudónimo de María Luisa, resulta representativo para comprender una imagen romántica y fantasiosa de la moda. Tal representación nos adentra al objetivo principal que persigue el trabajo, el cual pretende esclarecer y entender un concepto de la moda a través de los discursos en la prensa decimonónica en México. Los escritos en torno a la percepción de la moda que aparecieron en publicaciones femeninas, prensa conservadora, liberal y satírica proporcionan un rico material para adentrarnos al complejo entendimiento del término,² ya que no sólo se trata de averiguar el sentido etimológico que de manera estricta y sencilla establece que la moda es el: "uso o costumbre en el vestido, en la conducta social, en el gusto, etcétera, que dura una temporada y cambia".³ Proviene del latín *modus*, que significa medida, modo o manera.⁴ Esta asociación de moda e indumentaria provino de las cortes europeas en el siglo xiv.⁵ Durante varios siglos el término se aplicó a la manera y la costumbre del vestir. En Francia en el siglo xvii, los habitantes de los altos estratos sociales recurrieron a utilizar la expresión *à la mode* (a la moda), para indicar que se vestían acorde a las tendencias francesas del momento.⁶ Posteriormente, el concepto se amplió para incluir más allá del mero atuendo, como lo fueron las expresiones artísticas y literarias, las costumbres, la comida y un sin fin de actividades humanas.

La finalidad que persigue esta investigación es aproximarse a la idea común que se tenía en el siglo xix y comienzos del xx cuando se aludía a la moda. Gran variedad de artículos y espacios en las publicaciones periódicas se utilizaron para debatir acerca de aquello que significaba la moda, no sólo para exhibirla y adquirirla, sino también para discutir sobre sus orígenes, implicaciones, costos, excesos, usos y todo aquello que definía su significado.



Fig. 1. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar del Instituto Mora, «Trages en tiempo de Luis XVI» y «Trages en tiempo de Luis XIV» entre p. 280 y 281. En: *Semanario de las Señoritas Mejicanas*, 1841, tomo 1.

⁴Guido Gómez. *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

⁵Carmen Abad-Zardoya. "El sistema de la moda. De sus orígenes a la postmodernidad", en *Emblemata*, núm. 17, 2011.

⁶Atzín Julieta Pérez Monroy. "La moda en la indumentaria: del Barroco a los inicios del Romanticismo en la Ciudad de México (1785-1826)", tesis doctoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

Acerca de las fuentes utilizadas es pertinente hacer mención sobre el criterio que se utilizó para su selección. En un primer momento se buscó información en diversos periódicos y revistas consultadas en la Hemeroteca Nacional de México que ayudaran a comprender el fenómeno de la moda. En realidad, en esta primera etapa de la investigación poco se discriminaba, había un afán por saber todo aquello concerniente acerca de la moda: figurines, reseñas, curiosidades, anécdotas, consejos y más. En esta parte del trabajo el enfoque temporal se enmarcó en el final de la centuria decimonónica. Al revisar con detalle las fuentes recopiladas comenzaron a llamar nuestra atención algunos artículos o escritos que entre sus líneas se dedicaban a discutir, definir o debatir sobre lo que significaba la moda. La naturaleza de estos textos se enfocó principalmente a la conceptualización de tal fenómeno.⁷ Fue entonces de gran interés seguir escudriñando sobre los artículos que intentaban definir la moda, de modo que no sólo nos ceñimos a finales del siglo XIX sino que se ampliaron los horizontes temporales.

En este sentido, se retomaron algunas fuentes del siglo XIX, así como también de principios del siglo XX. El criterio y la propuesta de retomar un periodo de largo alcance fue determinado por el contenido de los propios documentos, pues como se mostrará en este trabajo se encontraron elementos reiterativos que permanecieron en los discursos escriturarios de la prensa decimonónica y de principios del siglo XX a la hora de referirse a la moda. Los ejes temáticos de este trabajo se definieron con base en los distintos temas que se abordaron una y otra vez en dichas publicaciones periódicas; por citar un ejemplo, la insistencia en personificar a la moda como una diosa o una reina.

De divinidad omnipotente a reina absoluta

Uno de los elementos característicos para acercarse al significado de la moda en el siglo XIX era la idea que la representaba como una entidad. Es decir, a la moda se le personificaba, como si ésta tuviera decisión y actuar propios. Se le había alejado como una actividad realizada y dirigida por los humanos para recrearse como un ser femenino que poseía atribuciones propias. Estas cualidades eran discutidas en revistas femeninas y publicaciones periódicas decimonónicas por literatos, científicos, escritoras, periodistas, poetas, críticos y otros más, que trataban de vislumbrar el poderío que había alcanzado la moda, un poder que para algunos ya no era terrenal.

Es por ello que la primera atribución que cabría señalar es aquella que identificaba a la moda como una diosa. La llamaban sutilmente “la coquetona diosa”.⁸ En 1882, la revista *La Mujer* apuntaba que: “La moda es la *Magna Dea*, la gran divinidad de nuestra época”.⁹ Esta naturaleza divina le era concedida porque se suponía que su influencia, poder y seducción escapaban del control y la moderación de los mortales. Las divinidades por lo regular poseían la condición de ser omnipresentes y esta “caprichosa deidad” cumplía con tal requisito:¹⁰ “Se parece a Dios, porque está en todas partes, é inspira temor sin darse a conocer”.¹¹ Su potestad no era mínima, pues había trascendido en el tiempo y en el espacio, para posicionarse no meramente como una divinidad olvidada en el paso de la historia, sino como una deidad que había permanecido y se significaba a cada momento. Esta simbolización de la moda fue expresada por A. García Llansó en 1886, quien escribió sobre su carácter divino:

Ninguna de las deidades paganas tuvo el privilegio de ejercer en los griegos o los romanos un dominio tan tiránico y avasallador como la Moda, esa diosa elegante, coquetona, caprichosa y excéntrica. Nada respeta esa exigente deidad. Su poderío se extiende desde la ciudad a los

⁷ Algunos artículos que se utilizaron para esta investigación, aparte de presentar una discusión amplia sobre qué era o qué significaba la moda, contenían algunas ilustraciones que mostraban ciertos atuendos o vestimentas representativos de modas pasadas (ver imagen núm. 1). Otras publicaciones acompañaban el texto de una imagen con modas del momento (ver imagen núm. 2).

⁸ García Llansó. “La moda”, *El Álbum de la mujer*, 10 noviembre de 1886, pp. 193-194.

⁹ Entiéndase por *Magna Dea* la gran diosa o la diosa madre. Paul Diel, *Dios y la divinidad. Historia y significado de un símbolo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

¹⁰ “La mujer juzgada por grandes escritores”, *La Mujer*, 15 de febrero de 1882, pp. 2-4.

¹¹ “El día de Modas”, *La Iberia*, 8 de enero de 1875, p. 1.

¹²García Llansó. "La moda", *op. cit.*, pp. 193-194.

¹³"De las modas y las costumbres", *La Idea Católica*, 5 de enero de 1873, pp. 3 y 9.

¹⁴*Idem.*

¹⁵"Crónica de la moda", *El Tiempo Ilustrado*, 1907, 6 de octubre, pp. 685-686.

¹⁶"La mujer juzgada por grandes escritores", *La Mujer, op.cit.*, pp. 2-4.

¹⁷*Idem.*

¹⁸"Una deuda y una cuenta", *El Tiempo Ilustrado*, 3 de septiembre de 1911, p. 611.

¹⁹José Selgas, "La última moda", *La Patria de México*, 15 de marzo de 1908, pp. 1-2.

²⁰M. Maryan. "El tocador, la extravagancia", *El Instructor*, 1 de noviembre de 1899, pp. 3-5.

²¹"El día de Moda", *Iberia, op.cit.*, p. 1.

más modestos villorios, y ante sus leyes inclínanse [*sic.*] reverentemente la aristocrática dama y la humilde campesina.¹²

Pero los atributos divinos no sólo reflejaban la benevolencia de la "diosa fantástica", pues como otras deidades ésta se caracterizaba por establecer preceptos y distribuir recompensas, pero también por demandar y castigar. En un artículo titulado "De la moda y las costumbres" se asentaba lo siguiente: "Su único fin es agradar, su esencia es la mudanza; recompensa con aplausos y castiga con la ridiculez: he aquí su única fuerza y sus solas armas: más nada resiste a ellas".¹³ La compensación de aquellos y aquellas que decidían seguir sus mandamientos y adorarla era egregia, pues tenía el poder de dar "hermosura a las feas", de lograr con ella ser admirados y ovacionados de conceder prestigio, incluso de transformar al ser más trivial en el más eximio.¹⁴ Para lograr tales favores el cometido era llano y conciso: nada debía oponérsele y se debían de someter con docilidad a los mandamientos de la divinidad. Se comentaba: "Nada niegan a su diosa, todo es para ella, salud, bienestar, fortuna".¹⁵

Para los críticos más voraces de esta deidad pagana los sacrificios y los tributos parecían desmesurados y por completo innecesarios. Veamos una crítica de la inmolación a la que las mujeres se sometían:

Con frecuencia, con mucha frecuencia, se ven mujeres que arruinan sus familias y venden su honor por sacrificar a la moda; y todas, olvidando la santidad de su misión, han desfigurado por ella sus sagrados cuerpos, y han estrechado, aplastado, destrozado bajo su corsé de hierro el santuario donde el hombre se forma. ¡Ah!, ¿qué esperar de semejante furor?¹⁶

El dolor, la incomodidad e incluso hasta la enfermedad eran parte de la ofrenda; este tema lo trataré más adelante, aquí es preciso resaltar que dichos requerimientos retribuían a la Diosa Moda. En un sentido alegórico, para algunos esta deidad era imaginada con un "Cuerpo y alma de monstruo que devora la flor de las generaciones".¹⁷ Una diosa con una posible dualidad entre el bien y el mal, que te acariciaba y al mismo tiempo te amedrentaba. Le complacía jugar con la voluntad y deseos de los mortales. Era enigmática, extravagante, antojadiza y voluble.¹⁸ A la vez, era una diosa fecunda y bondadosa, pues habría que cuidarse de su hermosura y esplendor, que podía hipnotizarte y cautivarte ya que "todo cuanto la 'moda' crea es bello".¹⁹ Estaba dispuesta a cubrir a sus adoradores con el manto de la elegancia, gracia y belleza que tanto anhelan los humanos.

Ahora bien, si se le pudiera atribuir a dicha divinidad características en un sentido antropomórfico, sin duda podría personificarse como una reina. Es decir, a la moda se le revistió con un ropaje terrenal y cercano a los mortales, y este fue la soberana del mundo. Otra de las acepciones recurrentes de la moda en el siglo XIX era como una emperatriz. M. Maryan se refería a la moda en el artículo "El tocador, la extravagancia" de la siguiente manera: "Existe una soberana que jamás será destronada, 'reina y emperatriz del mundo' ante la cual todo se doblega, todo cede".²⁰ Poseía una centralidad monárquica en toda la extensión de la palabra. Se decía que "la moda es reina absoluta, lo avasalla todo, absorbe todos los derechos: para ella no hay costumbres, ni tradiciones, ni hábitos adquiridos".²¹ Era una reina poderosa al estilo de las grandes soberanas, asociada con Isabel la Católica, la Reina Virgen, la Emperatriz Catalina la Grande o como la contemporánea que gobernaba en Reino Unido, la reina Victoria. No era una reina a la sombra de su rey, más bien se trataba de una soberana con potestades amplias y con facultades para decretar mandatos, admi-

nistrar riquezas, impartir justicia, en pocas palabras gobernar en su imperio como mejor le complaciese.²²

Como reina que se erigía necesitaba dictar mandatos, ordenanzas que no debían ser discutidas y acatarse con docilidad y pleno apego. A los vasallos no les correspondía censurar, más bien honrar y obedecer a su soberana. En 1899 se recalcaba acerca de la moda: “Sus caprichos son leyes, a su aparición, los mayores intereses se derriten como la nieve al calor del sol, y cuando dicta sus oráculos, desde luego quiere ser obedecida”.²³ Obedecer los decretos que promulgaba era de vital importancia, los súbditos que osaban incumplir sus preceptos ya no tenían las prebendas de la “reina bondadosa”, más bien aparecía la imagen de una soberana que gobernaba de manera despótica. La superioridad, fuerza y poder desmedidos de esta reina más bien hacían que se le imaginase como una tirana a la que había que temer.

Así era para los críticos de la moda, antes que una reina se le proporcionaba la investidura de “tirana” o “dictadora”. Pues, para los acusadores, la tirana dominaba la voluntad de las personas e imponía dolor y crueldad ante sus adeptos, como lo publicaban en el artículo “La tiranía de la moda”: “Tan tirana es que ha necesitado obtener un privilegio exclusivo de incompatibilidad con la molestia, a causa, claro, de la mujer, para que pudiera ser tolerada”.²⁴ No sólo el malestar físico era parte del abuso que perpetraba de manera impune, sus detractores señalaban también el gran despotismo en el exceso de los costos que se acometían por darle placer a la “opresora”: “De suerte que la moda se ha hecho una dueña tirana, y sobre tirana, importuna, que cada día pone nuevas leyes para sacar cada día nuevos tributos, pues cada nuevo uso que introduce es un nuevo impuesto sobre las haciendas”.²⁵ ¿Qué podía hacerse ante el yugo de dicha tiranía, del cual no se podía escapar? Como ama y señora del mundo no cabía la posibilidad de rebelarse ante ella, pero sí de moderarse:

Es preciso soportarla, puesto que no se puede rechazar su yugo, pero no por eso se la debe obedecer de un modo servil. Se deben tener en cuenta sus sentencias, bajo pena de hacerse ridículo o de parecer disfrásado [sic], pero no seguirla en sus extravagancias, sus caprichos y sus locuras, porque a veces arrastra muy lejos y la pendiente es muy resbaladiza. Es preciso saber resistir las tentaciones de la moda, tan solícita y hechizadora para ciertas mujeres, o bien ponerle un “hasta aquí” para que no se sobrepase, negarse a sus rarezas, aunque ella aclame que sientan muy bien.²⁶

Una de las marcadas diferencias entre por qué algunos le llamaban diosa y otros la señalaban como una reina era que según estos últimos la moda contaba con un trono, una sede localizable en este mundo terrenal. En varios artículos se ponía de manifiesto el lugar de su empoderamiento: “A la Francia se le tiene por su permanencia favorita y a París por el sitio de su Imperio”.²⁷ Una de las tantas características de las reinas era que poseían un territorio de donde emanaban su poder y erigían su reinado. Así mismo, la Reina Moda poseía su trono imperial, y este símbolo de institución monárquica estaba muy bien identificado por sus conocedores: “Esta reina y grande emperatriz del mundo, como dice Montaigne es la Moda [se le llamaba en otro tiempo costumbre] su morada de predilección está en Francia, la capital de su Imperio es París”.²⁸ De modo que París era el centro indiscutible de su vasto imperio, de donde emergían sus decretos e imponía sus leyes. Faro de luz para el mundo, en donde comenzaban a acatarse sus mandatos que con posterioridad se convertían en una sumisión universal.

²² Álvaro Fernández de Córdova Miralles, *La corte de Isabel I: ritos y ceremonias de una reina, 1474-1504*, Madrid, Comité Español de Ciencias Históricas, 2002.

²³ M. Maryan, “El tocador, la extravagancia”, *op. cit.*, pp. 3-5.

²⁴ “La Tiranía de la moda”, *El Tiempo Ilustrado*, 21 de enero de 1912, p. 46.

²⁵ “Las modas”, *El Tiempo Ilustrado*, 23 de febrero de 1908, p. 127.

²⁶ M. Maryan. “El tocador, la extravagancia”, *op. cit.*, pp. 3-5.

²⁷ El Regenerador de Oajaca. “La moda”, *El Mosquito Mexicano*, 4 de diciembre de 1835, p. 3.

²⁸ “De la moda y las costumbres”, *La idea Católica*, *op. cit.*, pp. 3-5.

²⁹ Pedro Castera, "La mujer, la moda", *El Radical*, 28 de marzo de 1874, p. 2

³⁰ "De la moda y las costumbres", *La idea Católica*, op.cit., pp. 3-5.

³¹ "Crónica de la moda", *El Tiempo Ilustrado*, op.cit., pp. 685-686.

³² Pedro Castera, "La mujer, la moda", op.cit., p. 2

³³ Perrot Philippe, *Fashioning the Bourgeoisie, a History of Clothing in the nineteenth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1994. p. 7.

³⁴ El Regenerador de Oajaca. "La moda", op.cit., p. 3.

³⁵ "Uniforme de mugeres", *Diario de México*, 3 de marzo de 1808, pp. 126-128.

Se puede decir, entonces, que a la moda del siglo XIX la encerraban un misticismo y una envergadura de Diosa y Reina de los humanos. Y lo expongo en esos términos generales porque esta Diosa-Reina no hacía distinción alguna de los idólatras que la seguían pues "esa diosa caprichosa tiene poderes hasta sobre la miseria".²⁹ Un mito femenino que la dotaba de poderes excepcionales, un poderío que era indiscutible y que se traducían en una simple instrucción: "Haced lo que hacen los otros".³⁰ Un ser voluble y perseverante que se fue transfigurando en una criatura terrenal con un derecho divino absoluto. Reina opulenta y majada que "Ha ejercido su dominio en todos los pueblos". Su autoridad era tan colosal que hasta sus críticos llegaron a implorar: "¡Oh moda, qué poder tienes! ¿Por qué no te propones reformar el mundo haciéndolo mejor? Tú habías de alcanzarlo con poco trabajo".³¹

El rostro lacerante e inane de la moda

Filósofos, médicos, literatos y críticos expresaban en diversos artículos que la moda encarnaba a un ser malévolos, dadas las implicaciones y las consecuencias negativas no sólo en el cuerpo, sino también en la razón y en el espíritu. La moda era sinónimo de dolor, sacrificio, temor, fastidio, agotamiento, ansiedad, entre otros sentimientos y síntomas no del todo gratos. Incluso aquellos que veneraban a la moda y seguían con fervor sus decretos estaban conscientes de los suplicios que tenían que sobrellevar para estar a la vanguardia. De manera que a la moda en el México decimonónico también se le entendió e identificó como algo que causaba tortura y dolor, una maldad para algunos necesaria, para otros sólo opcional. Un ente maligno que podía hundirte en una enfermedad taciturna que carcomía de forma lenta, incluso hasta arrancar el último respiro de la existencia.

La moda *per se* representaba un ser femenino y variable, como se pudo observar en el apartado anterior; ahora se analiza otra más de sus facetas: como un ente aún feminizado pero con tintes maléficos. Ese rostro maligno es expuesto en las fuentes aquí examinadas por un motivo esencial: la maldad recaía en sus partidarios. La moda incitaba de "manera perversa" a afligirse, al autocastigo y la tortura. La moda dolía y se sufría. "¡Oh Diabla de moda!".³² Sin embargo, es pertinente aclarar que estas aflicciones y trastornos estaban enfocados en mayor proporción hacia las mujeres. Ello no quiere decir que para los hombres no haya implicado cumplir con requisitos y estándares también tortuosos para entrar en la dinámica de la moda. Antes bien, durante el siglo XIX se consolidó en el mundo varonil una moda burguesa muy bien definida que poseía reglas estrictas, tendencias y un sinfín de menesteres a los que había que alinearse.³³ Lo que es necesario destacar es que en la prensa periódica que aquí se analiza, se señala a las mujeres como las principales víctimas de la moda. El escritor que firmaba como "El Regenerador de Oajaca" señalaba: "La influencia nociva de la moda es mucho más notable en las mugeres que en los hombres, pues además de experimentar las mismas compresiones de los vestidos que ellos, experimentan otros inconvenientes mayores por sus caprichos; efecto de algunas piezas particulares a su sexo, por ejemplo el corsé".³⁴

De por sí hablar de moda en esos tiempos era una cuestión para muchos condenada, y era cosa de mujeres. "Trajes, adornos, cosméticos y chucherías" pertenecían a un mundo femenino. Pero el dolor y los altos costos que implicaba la moda también tenían una tendencia genérica que se inclinaba en su mayoría hacia las féminas. Por dar un ejemplo, era evidente una mayor complejidad en el ajuar femenino que en el traje masculino, no sólo en la composición y la hechura, sino también en los costos: "Que el vestido de una muger cuesta en el día un triple más que el de un hombre, y se acaba infinitamente más presto".³⁵ En 1908, José Salgas señalaba: "Como regla general [la moda] se propone desfigurar únicamente a

las mujeres”.³⁶ De modo que, con cierto favoritismo y secundado por las opiniones de médicos e higienistas, se establecía que la mayor afectación y consecuencias negativas de la moda eran para el sexo femenino:

Los males ocasionados por los trajes de moda son tan numerosos y tan excesivamente perjudiciales para la salud, que unas sugerencias breves y prácticas sobre el asunto no estarán fuera de lugar, entre las otras reglas caseras aquí tratadas. Haremos referencia, principalmente, al vestido de la mujer, puesto que la costumbre ha determinado que la indumentaria del hombre ha de estar conforme con las reglas de la higiene; empero es un hecho notable, reconocido de los médicos y de toda gente inteligente, que en los países cultos el vestido de las mujeres ha de torturarlas, desfigurarlas y debilitarlas hasta el último límite de lo soportable. Es una de las anomalías de la civilización que tanto más alto sube una nación en la escala del progreso, cuanto mayores son las exigencias de la moda en contra de la salud de las mujeres.

³⁶ Selgas, José. “La última moda”, *op.cit.* pp. 1-2.

Se asume así una postura que se inclina hacia la penuria y la aflicción del “sexo débil”. Es tiempo de ver algunos de los malestares que se presumía adolecían las damas. Para ello es pertinente mencionar que en las fuentes se habla en términos generales de todo el ajuar femenino; es decir, no sólo la ropa, sino todo tipo de accesorios, enseres, alhajas, incluso muebles, como parte de un “todo” que complementaban la presentación y el cuidado de una mujer que estaba a la moda.

Ejemplo de lo anterior eran el rostro y la cabellera, una parte importante de cuidado y tratamiento para las mujeres de la época. Un cutis terso y blanqueado, piel fresca y suave, eran sólo unas cuantas características apreciadas para cumplir con un estricto parámetro de belleza. Para obtener tales beneficios, los “cosméticos tóxicos con plomo” y de “muy mal olor” eran de uso indispensable. Los médicos denunciaban, una y otra vez, que el rostro era irritado y dañado por sustancias que perjudicaban la piel en aras de la perfección.

Otra parte del ajuar eran los accesorios como el calzado, que resultaba lastimoso y estrecho con tal de lucir un pie pequeño y dar unos centímetros de altura; de ello se comentaba “que obligaban a andar en constante equilibrio”. Otros complementos que destacaban por el dolor que infringía eran las peinetas y los sombreros que más que ser estorbosos por su gran tamaño, la manera de anclarlos era incluso con “broches que a veces les llegaban a la carne viva”.³⁷

³⁷ M. Maryan, “El tocador, la extravagancia”, *op.cit.*, pp. 3-5.

Pero existe una mención especial para una prenda que robó la atención, la molestia y el disgusto de muchos: el corsé. La delgadez del talle era cosa primaria. De aquellas que no usaban se comentaba: “De una mujer que no adopta el corsé dicen las damas que tiene cuerpo de ballena”.³⁸

³⁸ Pedro Castera, “La mujer, la moda”, *op.cit.*, p. 2.

En el mismo sentido, de los males que aquejaban a las mujeres el más reiterado, criticado y señalado por los escritores de la época era el corsé. Se trataba de una prenda interior que tenía como objetivo mantener una postura erguida y lograr con ello una silueta ideal donde lo principal era reducir la cintura; al mismo tiempo, al apretar el torso se conseguía el efecto de levantar el busto y que las caderas se vieran más anchas. En una cintura promedio, que medía entre los 63-70 centímetros, se podía obtener con el uso de este una reducción hasta los 35-50 centímetros aproximadamente.³⁹ Los materiales que se emplearon para la confección de la prenda fueron el hierro, la madera o el hueso de ballena. Existe un relato de su posible origen, que más bien se trata de una nota satírica que alude al padecimiento que la misma prenda ocasionaba. Hace muchos siglos vivía un carnicero, quien estaba totalmente desesperado por no poder callar a su mujer. Entonces, su imaginación le dio para

³⁹ Gordón Peñalosa y Diana Sofía. “El Corsé en el siglo XIX”, en *Creación y producción en diseño y comunicación*. Año V, vol. 19, Buenos Aires, 2008.

⁴⁰ María de Atocho Osorio, "Guantes y Corses", *El Tiempo Ilustrado*, 11 de noviembre de 1906, p. 664.

⁴¹ Marcel Prévost, "La reforma del traje femenino", *El Mundo Ilustrado*, 4 de octubre de 1903, pp. 23-24.

⁴² Oswal, "Los vestidos estrechos", *El Abogado Cristiano*, 3 de febrero de 1916, p. 76.

⁴³ *Idem*.

⁴⁴ "La mujer juzgada por grandes escritores", *La Mujer*, *op.cit.*, pp. 2-4.

⁴⁵ María de Atocho Osorio, "Guantes y Corses", *op.cit.*, p. 664.

⁴⁶ M. Maryan, "El tocador, la extravagancia", *op.cit.*, pp. 3-5.

⁴⁷ "La Tiranía de la moda", *El Tiempo Ilustrado*, 21 de enero de 1912, p. 46.

inventar un artilugio y creó el corsé. Este artefacto que confeccionó de hierro logró acallar las murmuraciones de su esposa, aunque también se dio cuenta de que a veces le faltaba la respiración. Mas nunca fue de su preocupación pues había logrado silenciar a la "charlatana". Otros hombres imitaron tal acción, hasta que la costumbre llegó a las más ilustres familias y se quedó así el uso del corsé como una moda que perduraría por siglos.⁴⁰

Los daños de tal atavío eran principalmente deformar la cavidad pulmonar y provocar el desplazamiento de los órganos. En 1903, el escritor Marcel Prévost, quien promovía una reforma radical al traje femenino, argumentaba: "La causa primera hay que buscarla en el cuidado que los médicos se toman, de unos años a esta parte, por la higiene femenina 'Nuestros corsés –dice Mme de Brouteles– comprimen el estómago, el hígado, el corazón, los pulmones.'"⁴¹ El primer síntoma era la falta de aire. Las mujeres que usaban el corsé lo utilizaban por un promedio de catorce horas diarias aproximadamente.

En 1916, el doctor Oswal comentaba en un artículo titulado "los vestidos estrechos" que la indumentaria de las mujeres debía llevarse con bastante desahogo para que así pudieran respirar fuerte y fácilmente por medio de una expansión libre de los músculos del abdomen. La costumbre atroz de apretar la cintura con el corsé obligaba a las mujeres a respirar por medio de la expansión de la parte superior del pecho.⁴² A falta del aire venían con frecuencia los desmayos, incluso hasta la asfixia. Los médicos consideraban que el uso y la costumbre a tal prenda había provocado que las mujeres ya no supieran respirar: "Muy pocas mujeres, entre las civilizadas, saben respirar. Es imposible para una mujer que se viste a la moda, respirar como se debe. No debe haber constricción alguna en la línea de la cintura, si el aliento ha de penetrar hasta lo más hondo de los pulmones, ya que las células de respiración en esa parte de los pulmones son tan bien como otras."⁴³

Aunado al pesado malestar estaba otro asociado con el uso del corsé, pues se argumentaba que este también llegaba a provocar abortos. Varias mujeres aun estando encintas seguían usando tal prenda, y esto fue fuertemente criticado. Incluso si no se llegaba al caso extremo de perder el producto, se hacían críticas voraces acompañadas con un discurso altamente moralista, ya que los juiciosos condenaban a la mujer por traer al mundo hombres débiles y enfermos a efecto de los caprichos por verse bellas. Se exclamaba: "¡Cuántos hombres salen de sus vientres lastimados por las manos de la moda! Unos raquíticos y escrofulosos, otros débiles y pusilánimes."⁴⁴

A pesar de las advertencias de médicos, críticos, filósofos, escritoras, e incluso "los predicadores se esforzaron por convencer a todos que una mujer con corsé tenía el diablo en el cuerpo",⁴⁵ el corsé era una prenda si bien no predilecta, sí necesaria para cumplir con los cánones de belleza y de la moda de la época decimonónica. Las mujeres se valieron de muchos trucos y recetas caseras, a veces no del todo saludables, para lograr la tan añorada cintura de avispa. Así lo denunciaba M. Maryan: "No hay suplicio que la mujer no soporte. Preguntad a tantas señoras y jovencitas y os diran que por tener dos centímetros menos en su cintura, se privan muchas veces de comer, de beber, y aun toman de cuando en cuando un poco de vinagre, se ajustan el corsé hasta sofocarse, comprometiendo así su salud, quizá para siempre."⁴⁶

"La moda es mala."⁴⁷ No sólo la afectación física era una de sus consecuencias. Para aquellos moralistas, algunos sabios y sacerdotes, las mujeres que estaban en exceso dispuestas a seguir los mandatos y estándares de la moda exponían no sólo la salud, sino también la reputación. Estas mujeres a la moda estaban muy cercanas a ser tentadas y poseer una moral relajada. El escritor Blancheti en su artículo "La moda" exponía que el amor desenfrenado a ésta producía en las jóvenes que se comportaran y fueran dominadas



Fig. 2, Biblioteca Ernesto de la Torre Villar del Instituto Mora, "Modas", entre p. 280 y 281. En *Semanario de las Señoritas Mejicanas*, 1842, tomo 3.

meramente por sus pasiones, que se volvieran caprichosas y que dejaran en total descuido los deberes que tenían que asumir. Estas mujeres "poseídas" por la moda detestaban y les eran insoportables las costumbres familiares. El deseo de aparecer en público, el de agrandar a la vista de los demás y el de tener frecuente compañía eran su único fin.⁴⁸ Este pensamiento fue expresado en las siguientes líneas:

En las naciones donde la moda reina tiránicamente, la mayor parte de las mujeres carecen de moral pública y privada. Tened el atrevimiento de consultar la verdad. Ellas abren los brazos al primero que llega, no hacen caso de la virginidad, se burlan de la castidad y de la fe conyugal; sin amor maternal se horrorizan de criar a su niño, porque esto destruye la belleza del cutis, y desdeña los cuidados domésticos como viles, dignos cuando más del último criado.⁴⁹

Esta maldad, este dolor y esta angustia que la moda encarnaba y transmitía a sus hijas podía ofrecer una mínima pizca de esperanza, para así al final renacer y configurarse en ese ideal de belleza que toda mujer anhelaba. Esta expectativa no pudo quitarle la fachada lacerante y maldita a la moda, que para muchos era el verdadero rostro que escondía tras el aspecto primero tan cautivador que enloquecía.

Una moda vigente y envolvente

Para el siglo XIX el término moda ya comprendía una amplia gama de actividades artísticas, literarias, científicas, deportivas, arquitectónicas y culinarias, entre otras más. Es curioso que médicos, filósofos, literatos, personas "cultas" y de ciencia escribieran artículos en la prensa decimonónica donde aducían que la moda había llegado hasta lo más ínfimo de sus saberes. Incluso, si se analizan las fuentes con detenimiento se puede observar que se trataba de artículos en las secciones de higiene, ciencia, arte; y aunque los temas estaban encaminados a otros saberes se referían a la moda. No era extraño encontrar este tipo de notas:

⁴⁸ Bianchetti, "La moda", *El Tiempo Ilustrado*, 22 de octubre de 1905, p. 681.

⁴⁹ "La mujer juzgada por grandes escritores", *La Mujer*, op.cit., pp. 2-4.

⁵⁰ José Echegaray, "Higiene de la inteligencia", *El Municipio Libre*, 13 de diciembre de 1891, p. 1.

⁵¹ Dr. Well. "La Neurastenia", *El Mundo Ilustrado*, 9 de mayo de 1909, p. 1063.

⁵² José Echegaray, "Higiene de la inteligencia", *El Municipio Libre*, 13 de diciembre de 1891, p. 1.

⁵³ José Selgas, "La última moda", *op.cit.* pp. 1-2.

⁵⁴ García Llansó, "La moda", *op.cit.* pp. 193-194.

Así que no sólo hay una moda en el vestir, sino en todas las esferas de la vida; desde las más humildes hasta las más elevadas: es el espíritu de ir donde muchos van, es el espíritu de la imitación, es la fuerza viva acomodada que nos impulsa en una cierta dirección excluyendo las demás direcciones. Modas entre sastres, sombrereros y modistas: modas entre los filósofos: modas entre los hombres de ciencia. Y lo mismo sucede en el arte: las escuelas en cierto modo y hasta cierto punto son engendros de lo que pudiéramos llamar la *moda estética*.⁵⁰

La moda había traspasado las fronteras de aquellos tiempos remotos en donde sólo se le había considerado como una mera "forma de vestir". El término moda aplicado para las investigaciones y hallazgos científicos era de un uso reiterado. En 1909, el Dr. Well se admiraba del hecho absurdo de que la moda "avasallara" todo, que se mezclara en todos los asuntos sociales y hasta en los que se supone eran los más "serios", como la medicina. El artículo que tituló "La neurastenia" tenía un preámbulo amplio donde ponía de manifiesto que hasta en las enfermedades había modas. El padecimiento de moda era la neurastenia, y como tal, médicos y científicos tenían toda la atención y energías en tratar de averiguar todo lo posible del malestar. Tiempo atrás la apendicitis había sido la enfermedad en boga. El Dr. Well reprochaba: "Somos socialmente hablando una raza frívola que buscamos lo pintoresco, antes que lo útil, lo agradable antes que lo importante y que estamos dispuestos a acatar las sugerencias más extravagantes."⁵¹ Si existían enfermedades de moda, claro estaba que también había tratamientos y medicamentos vigentes. Julies Claret mencionaba sobre el asunto:

La moda, ese apetito particular, esa corriente irrazonable, mal definida, hace éxito o la caída de los teatros, como éxito de los "restaurants" de los médicos o de los medicamentos. Los hombres de ciencia os dirán que hay ciertos medicamentos que curan durante cierto tiempo, mientras están de moda. Después, de pronto, cesan de curar, cuando el gusto de los enfermos se ha dirigido súbitamente a alguna nueva píldora o poción. ¡Oh Molére!

Resulta interesante observar cómo varios científicos dieron rienda suelta a su pluma para enarbolar o criticar cómo la moda había incursionado a sus áreas. Físicos, matemáticos, químicos y doctores le otorgaron varias líneas al fenómeno social denominado moda. El punto de coincidencia de estos sabios era saberse inmersos en algo de lo que no podían escapar, y que ellos mismos colaboraban en la dinámica y juego de la moda pero desde sus trincheras científicas. Ejemplo de ello era el físico José Echegaray, que en una de sus crónicas científicas, donde hablaba sobre las "corrientes continuas", dedicó varias columnas en el periódico *El Municipio Libre* para definir qué es la moda, y así respondía a su propia pregunta: "La moda no es otra cosa que la *tiranía de un capricho*, una tiranía casi siempre ridícula y que después de dominar por breve tiempo con Imperio irresistible, y absoluto por el ridículo y en el ridículo, muere para siempre."⁵²

"El encanto de la moda consiste pura y simplemente en que es moda y todo lo envuelve."⁵³ Al ver una pintura, al contemplar una escena, "la manera de oír comedias", los teatros de moda, actores, escritores, literatos. Incluso en el rubro comercial había que saber qué estaba de moda, pues se establecía que "hasta en los negocios la moda ha llegado a introducirse. Los hombres de esta época positivista hánla [*sic*] introducido en sus combinaciones y cálculos mercantiles."⁵⁴

Y si se pensaba que para la moda existía un límite esto no era del todo cierto, pues al parecer podía entrar en los asuntos humanos menos esperados como lo era el amor. La

moda había tenido el poder de inclinar la balanza de un sentimiento “puro” y “natural” a un amor orquestado, momentáneo y disfrazado; efímero por consecuencia. García Llansó acusaba tal “atrocidad”: “En el matrimonio ha intervenido también la moda. Hasta hace poco habíamos creído que era una institución basada exclusivamente en el cariño o en el amor, pero las célebres agencias matrimoniales nos dan a sospechar que existen seres que casan impulsados por un afán especulativo”.⁵⁵ Y ya ni hablar de los otros sentimientos que se generaban a causa o por consecuencia de la moda: egoísmo, vergüenza, envidia, venganza, ira y ambición. Así que la moda nada había respetado. Todas y cada una de las creaciones y acciones humanas de manera directa o tangencial habían sido arrastrados por la fuerza central y “avasalladora” de la moda.

⁵⁵ *Idem.*

La moda que se leía, consumía y apropiaba en México era según los conocedores vigente. Varias damas de la aristocracia mexicana tenían la posibilidad de viajar en una o dos ocasiones hasta París y proveerse de ajueres completos y en su totalidad actuales. Las que no gozaban de esta ventaja tenían una pronta y expedita correspondencia con las casas de la Alta Costura en la tierra de la moda parisina. A esto se debe agregar que había una comunicación bastante fluida y rica por medio de la prensa y sobre todo en las publicaciones femeninas. La información se transmitía por una especie de triangulación entre Francia, España y México. Es decir, había reseñas y notas actuales de los últimos modelos y tendencias de la moda, corresponsales que se dedicaban a tener informadas a sus lectoras desde la lejanía, así como también las recurrentes traducciones que se hacían del francés al español.⁵⁶

⁵⁶ Rodríguez Lehman, Cecilia. *Con trazos de seda. Escrituras banales en el siglo XIX*, Venezuela, Fundavag Ediciones, 2013.

A las manos de las lectoras mexicanas llegaban las últimas noticias de la moda. Los artículos en las revistas femeninas empleaban una amplia gama de contenidos en torno a la moda, no sólo se restringían a los figurines (de lo más recurrente), sino que había reseñas detalladas de los lugares de ocio y entretenimiento donde ésta figuraba como la principal atracción. Crónicas o literatura que tenían como centro las tierras europeas; y en éstas, ricas descripciones de una clase burguesa que se exhibía. Todo ello formaba una concepción de moda que se imitaba y se trataba de mantener a la vanguardia en las clases de la élite capitalina. Como ejemplo de ello se estaba al tanto de las creaciones de los mejores modistos como Beer, Paquín, Doucet, Redfern, Bechof y Worth.⁵⁷ Acerca de la vanguardia, la redactora que firmaba con el nombre de Josefina en la sección que tenía a cargo argumentaba:

⁵⁷ Monte Cristo. “La moda y los modistos”, *El Correo Español*, 1913.

Muchas veces se dice que en México las modas femeninas van retrasadas con el uso europeo y que nosotros llevamos las prendas de vestir cuando ya en el extranjero comienza su decadencia. Nada más inexacto que lo anterior. Por intuición si se quiere y por la diversidad de figurines que a nuestras manos llegan, estamos al corriente de la última palabra en cuestión de la elegancia y jamás haremos desairada figura en el concierto universal de la indumentaria femenina.⁵⁸

⁵⁸ Josefina. “Páginas de la moda”, *El Mundo Ilustrado*, 1904.

Mercancías, comercio, tiendas, literatura, prensa, publicidad, lugares de entretenimiento, entre otros más, suponían y vendían la idea al público de una moda vanguardista y a la par de las naciones más civilizadas en lo que respecta a la moda. Entonces, puesta toda esta maquinaria en marcha, las mujeres de la élite podían afirmar: “Estoy a la última moda, como la parisina más elegante que se ha visto”.⁵⁹

⁵⁹ *Idem.*

Consideraciones finales

Las palabras adquieren un significado particular según el contexto en el que se desenvuelven. Los escritos, artículos e incluso otros diversos géneros literarios de la prensa decimonónica que se ocuparon de la concepción de la moda nos llevaron hacia un discurso híbrido,

complejo e incluso paradójico que mostraba las distintas caras que poseía. En México a lo largo del siglo XIX se formó y se reconfiguró, una y otra vez, la significación del término moda. No se puede hablar de un único concepto, sino de reflexiones e ideas heterogéneas que nos permitieron acercarnos a una idea común de lo que se entendía por moda y los elementos constitutivos que la dotaban de sentido.

De tal manera, durante esta época en México la moda se presentó como un fenómeno con matices femeninos. Ésta se transfiguró en una diosa y se personificó como la reina absoluta del orbe mundial. La sacralidad que envolvía a la moda no era la única connotación que la describía. El rostro benevolente de esta deidad se mostró en más de una ocasión siniestro y verdugo. La moda llegó a concebirse como perversa y dañina. Este fenómeno envolvió a todas las actividades artísticas, científicas, sociales, culturales, políticas y económicas. La moda en territorio mexicano se encontraba a la vanguardia de las grandes naciones a nivel mundial, por lo que se concebía como actual y moderna. ■